

12B (38-9)

JUVENTUD

Año I

Santiago, Julio y Agosto de 1918

N.º 1

Santiago Labarca.—Pedro Prado. — Arman-
do Donoso. — Agustín Vigorena. — Fer-
nando Alessandri. — Lautaro Gar-
cía.—Carlos Préndez.—A. Carri-
llo.—J. Schneider.—Rafael
de la Fontana.—Euge-
nio Amor.—W. U.



Editada por la Federación de Estudiantes de Chile



IMPRESA Y ENCUADERNACION
ESPAÑA EDITORIAL

— Calle de la Moneda, 843 —



El Problema Social

Vivir para la verdad, es vivir la vida completa, que implica saber para prever a fin de obrar.

L. Herrera.—U de la Plata.

Ninguna institución, ninguna actividad, se encuentra en mejores condiciones para afrontar el análisis y la solución del problema por excelencia, que la Federación de Estudiantes.

Jóvenes y generosos, llevando sobre su frente la tersura optimista de la edad de los sueños, los universitarios pueden poner al servicio del estudio de la cuestión social, todo el entusiasmo, todo el vigor y toda la sinceridad de sus corazones.

Desde hace largos siglos, las universidades han sido siempre las más importantes propulsoras de la evolución hacia un mejoramiento colectivo, y sus energías, llámense propaganda, cátedra o acción, han estado siempre también al servicio de toda idea que signifique un bien público, haciendo triunfar los principios redentores a través de los egoísmos y de las intransigencias de todas las épocas.

Y en verdad, ¿quiénes más capacitados que los universitarios para llenar estos fines? Son ellos el porvenir, y llevan en el presente, como bagaje precioso, todas las enseñanzas del tiempo pretérito, hechas faro que seguir, cuando son dignas de imitarse; hechas escollo que cortar, cuando no lo son.

La cuestión social es, en nuestro país, un aspecto inestudiado casi del problema nacional. Es verdad que no faltan hombres de corazón—visionarios encariñados—que predicán incesantemente los principios de la justicia colectiva; pero es verdad también que sus voces se pierden en el desierto de la indiferencia universal.

Las clases trabajadoras tienen la intuición de sus derechos, y claman por obtenerlos. Pero esas mismas clases trabajadoras, salvo honrosas excepciones, carecen de la organización y de la cultura que pueden capacitarlas para conseguir sus objetivos, malgastando a veces sus energías sin otro provecho que el de saciar a los aventureros que hacen de las agitaciones populares su profesión habitual, y provocando así—como consecuencia lógica—el alejamiento de sus miembros más preparados y juiciosos.

Los poderes públicos son impotentes para resolver desde luego el hondo problema, porque las influencias del capital ahogan las mejores iniciativas, dando por resultado—si llega a dictarse una ley—una ley torcida, superflua e inaplicable, cuyo valor no guarda relación alguna con el esfuerzo gastado en obtenerlo.

Los partidos políticos contemplan la cuestión social en sitio preferente de sus programas. Pero cuanto esfuerzo hagan ellos resultará inútil. Como en la fábula, nuestros partidos siempre listos para anular los unos el esfuerzo de los otros, sin llegar jamás a una solución, porque sus puntos de vista son y serán irreconciliables, mientras subsista el actual estado de cosas.

¿Quién, pues, podrá tener la ilustración y el tino que falta en jeneral a nuestros obreros, la jenerosa imparcialidad de que carecen los poderes públicos, y la unidad de miras y de acción que no poseen los partidos militantes?

Hay en Chile una sola institución capaz de emprender la cruzada, una sola institución que posee esos tres factores que hemos enunciado, y ella es La Federación de Estudiantes

Su amor a la causa obrera, lo han demostrado los universitarios en cien ocasiones diferentes y lo demuestran día a día, al dedicarse solícitos a la labor de las escuelas nocturnas y de los consultorios gratuitos en vez de entregarse a las satisfacciones de un descanso bien merecido después de las tareas cotidianas. Su imparcialidad está manifiesta en el tesón que ponen siempre para solucionar en forma equitativa los confi tos entre patronos y operarios, y en el consejo prudente y sincero que en cada oportunidad llevan hasta el seno del proletariado. Y su unidad de miras, patente está en esas campañas formidables de interés público emprendidas por la Federación, campañas en las cuales la unanimidad de los universitarios, con vigor incansable, ha conmovido el país, plegándolo desde el norte hasta el sur a su causa, y ha logrado así el triunfo de los problemas perseguidos.

La clase trabajadora conoce muy bien que su mejor amiga es la clase estudiantil, y una armonía efectiva flota entre ambas, una afinidad inexplicable los une y complementa.

Por eso, el día en que esta corriente se transforme en alianza efectiva para la consecución del propósito común, el día en que los estudiantes organizados empujen con su talento y su prestigio, con su enerjía y su acción, el fuerte carro en que el obrero carga sus justas reivindicaciones, ese día, sin duda, veremos el comienzo de la solución esperada.

Todas las Universidades modernas consagran sus mejores enerjías al estudio de la cuestión social, y sus seminarios y

laboratorios, completísimos, analizan incesantes las causas, los casos y los remedios del mal. No necesitamos ir muy léjos para convencernos, ya que Brasil, Argentina y Uruguay nos dan un ejemplo palpable de lo que puede el bien entendido patriotismo, puesto al servicio del engrandecimiento nacional.

Miéntras tanto, en nuestra tierra, el Seminario de Ciencias Sociales, creado a pesar de tantos obstáculos, sufre la triste suerte de todas las reparticiones universitarias, condenadas a vejetar casi en la inacción, a causa de la pobreza solemne en que las tienen los llamados a repartir las rentas en el Presupuesto del país.

Un brillante escritor describe con frases emocionantes cómo los héroes lloran lágrimas de coraje cuando se encuentran impotentes, no por falta de corazón, sino de medios de defensa, para resistir al enemigo que avanza. Tal debé ser, sin duda, la amargura de nuestro brillante profesorado universitario, al verse obligado a contemplar el avance de la ignorancia, el alcoholismo, las enfermedades, y todos los problemas sociales, miéntras hace esfuerzos supremos por obtener el mayor rendimiento con los escasos medios que, la intransijencia y otros inconfesables intereses, dejan para el servicio de nuestra—por muchos títulos digna de mejor suerte—Universidad del Estado.

Toca, en consecuencia, a los universitarios, en cuanto corporación, redoblar sus esfuerzos para impulsar el estudio y la solución del problema social.

Y en este esfuerzo redoblado, su primera preocupación debe ser el mejoramiento económico de la propia Universidad, como el medio más eficiente de crear las condiciones dentro de las cuales ella pueda encarar con provecho el estudio científico de las cuestiones enunciadas, tanto para señalar la norma de sus soluciones equitativas y permanentes, cuanto para evitar, con esto mismo, que la inescusable desidia gubernativa, sorprendida por uno de esos conflictos que de improviso se suscitan, tome—como ya ha tomado—resoluciones que lejos de curar el mal, lo calman solo momentaneamente, haciendo aun más profunda la sima que separa al capital del trabajo, y avivando, por el uso de la fuerza, los enconos de la clase obrera.

La Federación de Estudiantes tiene, además, elementos propios para emprender por sí misma la cruzada redentora. Ninguna institución ha llegado a alcanzar la confianza popular en la forma que lo ha logrado la Federación.

Lejano está el día en que se mirara en ella un elemento demoleedor, y si bien quedan aun quienes por el prurito de ofender, por ceguera o por conveniencia, se atreven a desco-

nocer su labor, la inmensa masa de nuestros conciudadanos tiene confianza en la obra que realiza, y fé absoluta en la que está llamada a realizar.

Ningun pueblo es grande, si todas sus fuerzas vivas no concurren a laborar la armonía, la concordia y la unidad colectivas. Del conjunto de todos los esfuerzos comunes, surge y se ajiganta el progreso nacional. Y entre esas fuerzas vivas, ninguna tan hermosamente llamada a emprender la cruzada en defensa de los derechos de la clase trabajadora, como aquella fuerza potente que es la juventud, hecha de ensueños de libertad, de anhelos de justicia y de latidos de fraternidad jenerosa.

«Una gran vida—ha dicho un escritor—es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura».

Los universitarios de Chile han sabido demostrar, no solo que son capaces de pensar, sino también que son capaces de realizar sus pensamientos.

Es la hora de la acción. No esperemos que los años ahoguen los impulsos nacidos al calor del ideal. Obremos. Peregrinos de la verdad, busquémosla sin exclusivismos, tesoneramente. Investiguemos ahora que es la edad predilecta de los nobles impulsos. Comprendamos la justicia de las reivindicaciones sociales, confundamos el anhelo del que sufre y espera, con el anhelo del que estudia y sueña. Realicemos. Así surgirán las soluciones de previsión que reclama el principio de la solidaridad, y haremos verdadera obra redentora, digna de quienes con orgullo se cobijan bajo el estandarte luminoso de la Federación de Estudiantes de Chile.

AGUSTIN VIGORENA RIVEBA.
